



Me hallará la  
muerte Juan Manuel  
de Prada

¿Cuán cerca puede estar un héroe de ser un villano? ¿Qué separa la epopeya de la farsa? A través de la odisea de un ladronzuelo que se enrola en la División Azul, sobrevive a los padecimientos más extremos y regresa al Madrid turbio y arribista de los cincuenta, Juan Manuel de Prada nos ofrece una historia fascinante, de lectura adictiva, que contrapone el sueño de los ideales a la lucha por la supervivencia.

Madrid, 1942. Antonio y Carmen, dos jóvenes maleantes, se compinchan para desplumar a ricachones en los alrededores del Parque del Retiro. Pero la adversidad y el infortunio obligarán a Antonio a huir de la justicia. Se alista en la División Azul para poner tierra de por medio; y en Rusia conocerá penalidades sin cuento, en compañía del idealista Gabriel, otro divisionario con el que guarda un asombroso parecido físico, aunque en todo los demás sea más bien su antípoda. Muchos años después, en 1954, tras sobrevivir a todo tipo de vicisitudes, Antonio regresa a España, transformado ya en otra persona, a bordo del buque *Semíramis*.

Empieza entonces, en un Madrid peligroso y abracadabran-te, una aventura de signo bien distinto, en la que Antonio vivirá una vida de potentado, muy diferente de la que dejó atrás doce años antes. Pero esta vida nueva le obligará a la improvisación, el fingimiento y la vigilancia permanente, para mantener a buen recaudo las sombras del pasado; y en su empeño por mantenerlas, tendrá que adentrarse, siempre acechado por la muerte, en una madeja de intrigas cada vez más embrolladas y peregrinas. ¿Podrá Antonio alcanzar, entra la tupida maraña de males que ha desencadenado, el bien que anhela?

*A Cárcaba, con quien hallé la vida*

## PRIMERA PARTE

Eran una presa segura, tan segura como las brevas en agosto.

Antonio había aprendido a distinguirlos entre la multitud que salía en estampida de la plaza de las Ventas, al declinar la tarde, temerosos quizá de que les birlaran la cartera en medio del tumulto, o recelando que el contacto con la plebe les fuese a contagiar alguna enfermedad vergonzante. También había aprendido a distinguirlos fisgoneando escaparates o haciendo tiempo hasta que abrieran Chicote, entre las manadas de paletos que merodeaban la red de San Luis y se derramaban por la Gran Vía. Los delataba su aire de cretinos orgullosos, endomingados, coloradotes, que escondían el pelo de la dehesa debajo de un terno de paño catalán (pero el corte del traje, que siempre les quedaba raquítrico, delataba al sastre de provincias, o directamente pueblerino, poco atento a los patrones que dictaba la moda de París), fumaban vegueros que antes habían desmochado a mordiscos y se perfumaban con abrótano macho, para tapar el olor a chotuno. Tenía bien catalogados a todos aquellos tiparracos: vinateros de Socuéllamos en gira por las tabernas a las que proveían de un vinazo agrio y bautizado, ganaderos manchegos en visita a los mataderos donde se sacrificaban sus puercos, mayoristas en ronda de pago de comisiones por los despachos oficiales, estraperlistas que iban dejando el unte por comisarías y oficinas de abastos, latifundistas y caciques rurales que subían a la capital para completar alguna transacción turbia o para ingresar el dinero que sangraban a sus aparceros en alguna cuenta bancaria más turbia aún, una patulea de ricachos sin

escrúpulos que, después de completar su negocio, aprovechaban el viaje a Madrid para correrse una juerga a espaldas de la parienta, a la que habían dejado en el pueblo, cargada de hijos y empachada de novenas. También tenía estudiada la psicología de aquellos barbalotes que, antes de fundirse las leandras en putas de postín, para matar los remordimientos compraban a la parienta un frasco de perfume o una *négligée* picarona (*négligée* que la parienta ni siquiera estrenaba, por recato o por exceso de arrobos, que más bien hubiesen precisado una faja que las contuviese), mostrando al dependiente de la tienda la alianza en el dedo anular, para que quedase bien claro que no era regalo para una pindonga y su fama no quedase en entredicho. Con el frasco de perfume o la *négligée* inútil, más cuatro dulzainas para los chaveas (que estarían bien sanotes y rebolludos), cumplían con sus deberes de esposos detallistas y solícitos padres de familia; y, después de dejar los bultos en la habitación del hotel junto a la alianza delatora, salían a desbravarse los muy hipocritones, con la conciencia más negra que el betún pero lavada por el enjuague de los regalos.

Eran una presa segura, tan segura como las brevas en agosto. Pero ¿cómo hacerlos caer? Antonio los llevaba observando mucho tiempo, primero mientras mantuvo chirlata en la calle de Montera, después mientras ofició de descuidero en la Puerta del Sol y, ya por último, desde el estaribel que instalaba junto a la plaza de toros, con cuatro juguetes desportillados que rescataba del Rastro y reparaba él mismo, recomponiéndoles los mecanismos (el cochecito que andaba solo después de frotarle las ruedas en el suelo, el tiovivo en miniatura que daba vueltas con un soniquete de organillo mientras le duraba la cuerda) y dándoles una mano de pintura, hasta dejarlos como nuevos. Antonio era mañoso para remendar juguetes desahuciados, casi tanto como para birlar carteras, pero ni un oficio ni otro le daban sino para vivir en tabucos de mala muerte y llenar las tripas

con gallinejas y sardinas arenques; pues los juguetes dejaban poco margen de beneficio (y el poco que dejaban mer-maba todavía más con los regateos del comprador tacaño), y las carteras había que birlarlas en sitios con mucho trasiego de gentes, cada vez más vigilados por la bofia, o bien en los tranvías o vagones del metro, donde si te pillaban in fraganti no había fácil escapatoria. Antonio apenas tenía veinte años, pero la conciencia de tiempo dilapidado lo abrumaba como una gangrena en perpetua expansión; y sabía que, si quería medrar en la mangancia antes de hacerse viejo, tendría que buscarse un compinche. Lo repateaba, sin embargo, asociarse con gentuza que, tarde o temprano, acababa desbarrando o perdiendo los estribos; y, más todavía, lo repateaba asociarse con una mujer, por razones confusas que no sabía si eran de desconfianza o excesiva reverencia hacia el sexo femenino.

Pero para el plan que había maquinado necesitaba una compinche que, para más señas, fuese lozana y pimpolluda. Pues de lo que se trataba era de engatusar a esos ricos paletos o provincianos que venían a la capital a cerrar sus negocios, hasta que a los muy bellacos se les embraveciera el bálano y, perdido el control de sus instintos, se dejaran llevar al huerto, un huerto convenientemente apartado donde Antonio pudiera pulirles la cartera reventona de billetes, y a ser posible también los gemelos de la camisa, el alfiler de la corbata, el reloj de saboneta y hasta la muda si se terciaba, dejando al barbalote como su madre lo trajo al mundo. Antonio anduvo buscando a la compinche idónea durante meses; pero las pocas mujeres que trataba eran demasiado toscas y gastadas, bien por el trabajo manual, bien por el comercio de entrepiera. Para desplumar a esos ricos no le servían ni las fregonas ni las putas; tampoco, desde luego, esas mujeres que van por la vida de marquesas y pudibundas. Buscaba más bien el justo medio, la muchacha menesterosa pero todavía decente que, sin embargo, se mostrara ante el rico de turno dispuesta a

perder (o siquiera a olvidar por un rato) su virtud, simulando que lo hacía a regañadientes, pero en el fondo engolosinada ante la expectativa de que tal pérdida u olvido la ayudasen a salir de la pobreza. Y encontrarla resultaba mucho más difícil de lo que en un principio había imaginado, pues no le bastaba con que fuese lozana y pimpolluda, menesterosa pero todavía decente; necesitaba también que estuviese desengañada (o, mejor todavía, que hubiese nacido desengañada), sin que el desengaño la hubiera arrasado todavía a la venalidad y el malaje. Encontrar a una mujer en ese exacto estado o punto de cocción, dispuesta al vicio y a la rufianería pero todavía no estragada ni resabiada, llegó a antojársele más difícil que hallar diez justos en Sodoma. Y ya casi había desesperado de hacerlo cuando conoció a Carmen.

La primera vez que reparó en ella ni siquiera le pareció guapa. La sorprendió mientras ambos se afanaban por colocar sus respectivas mercancías entre la turbamulta de aficionados que salían en tropel del metro, camino de la plaza de toros. Antonio trataba de atraer la atención hacia sus juguetes desportillados con alharacas y aspavientos de charlatán; Carmen, que llevaba colgada del cuello una bandeja de cigarrera con pitillos de aspecto más bien sospechoso (tal vez liados con sobras de colillas), bolsitas de manises y pipas de calabaza, caramelos de tofe y otras golosinas disuasorias, se paseaba entre el gentío dándoselas de chulapona, pero un mohín de lastimado hastío en los labios delataba su disgusto. Al menos ante Antonio, porque ante los verracones del tendido de sol que se acercaban a darle palique, con la excusa de comprarle cualquier fruslería, el mohín de lastimado hastío no contaba, o pasaba inadvertido. Y era natural que así fuese, pues Carmen era una de esas mujeres de juventud restallante, seguramente no guapas en el sentido clásico del término, pero apetitosas, con esa sensualidad pasiva que tan atractiva resulta entre gentes de paladar poco fino. Antonio, desde luego, se contaba



entre esas gentes, o siquiera no se contaba entre las que presumían de refinadas; y aquella muchacha de cabellos triqueños y ojos grandes —como de ternera a punto de ser abatida—, labios voluptuosos y nariz pugnaz, sin ninguna pintura ni afeite que resaltase sus rasgos, le gustó desde que la vio, aunque no supiera precisar si le gustaba como mujer o como compinche; y siguió gustándole en los días sucesivos, mientras la veía moverse entre la multitud, al principio de frente, luego volviéndole la espalda, cuando ella al fin sorprendió su escrutinio. Pero era de espaldas cuando se apreciaba mejor su opulencia maciza, brava, mareante, como de fruta en sazón, esperando que alguien la arrancase del árbol. Algún piernas que se le acercaba para comprarle unos cigarrillos no se recataba de darle una palmada en el culo.

—¡Cerdo asqueroso! —se revolvió entonces furiosa—. Vete a tocarle el culo a tu putísima madre, que seguro que le gusta.

Pero el piernas ya se había escabullido entre el gentío, que no hacía ademán alguno por afearle la conducta, o que más bien la aplaudía tácitamente. Por un segundo, Carmen esbozaba un puchero, pero enseguida el puchero se disolvía en un rictus de rabia, después de grima, y finalmente de fatigado desdén.

—Si es que las moscas siempre acuden a la miel, mujer —se atrevió Antonio a meter baza.

—Se crearán los amos, semejantes chulos de mierda.

Carmen trataba de que su voz sonase airada, pero el hastío podía con el enfado, o lo atemperaba, como si fuese una rutina.

—Pues ponles una denuncia, a ver si los meten en el trullo —dijo Antonio, socarrón.

—¡Lo que me faltaba! —se soliviantó Carmen—. Les pongo una denuncia y a quien meten en el trullo es a la menda.

Antonio sonrió, aquiescente. Evitar a los guindillas y rehuirlos como a un nublado era la primera ley de supervivencia en la cofradía de la mangancia; conque ciertas dotes para el oficio la muchacha podía tener. Antonio pretendió que sus palabras sonasen como un piropo, pero enseguida se arrepintió de la brutalidad:

—Ahora, con esa planta que Dios te ha dado... yo, en tu lugar, trataría de sacar tajada.

Algo se descompuso en el semblante de Carmen, como si de repente su juventud restallante se manchara con una sombra de decrepitud. Balbució:

—Si te estás ofreciendo como chulo, te advierto...

Pero la voz se le desmayó, como si la idea de prostituirse (que tal vez la rondara como un usurero) arrojase sobre su ánimo una losa de pesadumbre. Antonio se apresuró a deshacer el malentendido:

—Que no, prenda, que no van por ahí los tiros. ¿Me dejas que te lo explique? Te invito a merendar.

Se hicieron las presentaciones al modo frugal que es propio de los pobres, convencidos de que sus nombres, más que distinguirlos, los agrisan e igualan. En la plaza de las Ventas ya sonaban los clarines, como una trompetería emergida de las entrañas de la tierra, anunciando la resurrección de la carne o reclamando una primicia de sangre. El cielo tenía un color anubarrado y sucio, como de panza de burro con hidropesía; y derramaba su tristeza sobre el mundo y sobre el clamor de los aficionados en la plaza, que se elevaba como un mugido cárdeno y tribal. Antonio recogió sus juguetes desportillados en un fardel y se ofreció a cargar también con el mueblecillo que Carmen colgaba del cuello, como un sambenito de oprobio. La llevó a una tasca en la que él solía parar con frecuencia, empapelada de carteles taurinos que se habían ido entenebreciendo con los efluvios de la fritanga y el humazo del tabaco, hasta parecer cuadros de mártires degollados. Para su sorpresa, Carmen pidió un plato de callos, que aunque no parecían muy

limpios se ventiló sin decir ni mu, mientras los clientes de la tasca —reventas y maletillas, raterillos y golfantes—, turbios de morapio y pensamientos impuros, la miraban pasmados, paseándose el palillo por las comisuras de los labios y gargajeando admirativamente. Carmen pidió más pan para rebañar el plato; y entonces, al cruzar la mirada con Antonio, se ruborizó como una niña sorprendida en una travesura. A Antonio lo desarmaba aquel aire de la muchacha, entre rudo y desvalido; y por primera vez la vio como a una criatura angélica, sin mancha de pecado original, pero a la vez capaz de hacer cualquier fechoría o vileza, segura de que no sufriría contagio alguno. Nunca se le había ocurrido pensar disparate semejante de ninguna mujer; y pensarlo le daba miedo.

—Pues, si te parece, te cuento —dijo, para espantar la turbación.

Y le contó, al principio con circunloquios vergonzantes, luego con resuelta y desnuda desvergüenza, sus planes. Mientras lo hacía, observó que el rostro de la muchacha, de por sí poco expresivo, adquiriría un hieratismo de esfinge que no era fruto del embarazo o enojo que pudiera causarle la exposición bastante sórdida de Antonio, sino muestra del desapego que Carmen adoptaba ante los dramas del mundo, incluso ante los que la atañían más directamente, o sobre todo ante éstos.

—¿Y hasta dónde me tendría que dejar sobetear por esos marranos? —preguntó, con aire más científico que pesoso.

—Eso ya depende de tu habilidad. Yo lo único que te pido es que me los traigas empitonados hasta el lugar en el que os estaré aguardando, escondido. Tienes que conseguir que la sangre deje de regarles el cerebro, que piensen con el cipote.

—Ya entiendo —asintió.

Antonio no supo interpretar su laconismo, tan desapasionado y críptico.

—Iríamos a medias, por supuesto —dijo, temeroso de que ese laconismo insinuara exigencias en el reparto—. Tú me los traes bien acaramelados hasta un rincón del Retiro y yo me encargo de desplumarlos. Te aseguro que a esos tipejos se les puede sacar un potosí. Pero ante todo tendrías que asegurarte de que lleven alianza de casados. La mayoría se la quitan cuando andan de picos pardos; por eso conviene camelarlos antes de que inicien la cacería: a la salida de los toros, o mientras miran los escaparates de las corseterías, buscando un regalito para sus mujeres.

—¿Y por qué tienen que ser casados? —preguntó ella, con candidez desarmante—. Me da cargo de conciencia pensar en sus mujeres cornudas. Mejor vamos a por los solteros...

—Ahí se ve que estás todavía por destetar. Los solteros se irían de la mui enseguida y pondrían una denuncia. A los casados les toca achantarse y callar, para no montar un escándalo.

Carmen parecía resignada —o ni siquiera resignada: dispuesta— a chapotear en el fango, pero se empeñaba ruborosamente en evitar las salpicaduras:

—Ya, claro. ¿Y quién te dice a ti que el parné que les afanemos no lo necesitan para pagarle una operación a un hijo enfermo?

Aquel reparo lo conmovió y desazonó a un tiempo. Se apresuró a espantar cualquier atisbo de debilidad:

—Vamos, prenda, no seas ingenua. Esos cabrones ganan el parné de las formas más puercas que puedas imaginar. Y, además, si no se lo afanamos nosotros, se lo van a pulir en furcias esa misma noche. Para las operaciones de sus hijos ya tienen sus buenas montañas de billetes en las cajas de los bancos.

Carmen se rascó la nariz con un gesto brusco, tal vez viril. Tendría que cuidar sus ademanes y acicalarse las uñas, un poco mordisqueadas y desgarradas de padrastrós, antes de ponerse a trabajar.

—Tú eres capaz de cualquier cosa, ¿verdad? —dijo al fin, sin demasiado énfasis acusatorio—. No te detienes ante nada...

—No pienses que he querido ofenderte... —reculó Antonio.

—Déjate de mandangas —lo cortó—. Te juro que me gustaría tener sífilis, sólo por írsela pegando a todos esos ricachos marranos, hasta no dejar ni uno sano.

Lo dijo sin ensañamiento, como un ángel encargado de barrer la cizaña y arrojarla al fuego.

—No tendrás que llegar tan lejos —se animó Antonio—. Ya habrá quienes les peguen la sífilis. Nosotros nos limitaremos a dejarlos sin un chavo.

—Sólo siento que tengan que estar casados... —insistió todavía Carmen.

Resultaba incongruente, o incluso cómico, que no pusiera reparos a un trabajo que le exigiría perder el recato y dejarse manosear por una patulea de sapos nauseabundos; y que, por el contrario, la torturara la hipotética deshonra de unas mujeres cornudas a las que no conocía de nada, y que tal vez fuesen cornudas a sabiendas. Pero en tan paradójica contradicción mostraba, al menos, escrúpulos morales; quizá discutibles, quizá hechos añicos y recompuestos de mala manera, pero escrúpulos morales a fin de cuentas. Antonio, en cambio, los había extraviado mucho tiempo atrás y nunca los había echado en falta; aunque en presencia de aquella muchacha sentía, extrañamente, que un inconcreto remordimiento empezaba a remejerlo por dentro.

—Entonces, ¿qué? ¿Te animas? —la urgió para acallararlo.

Nunca antes había notado esa desazón sorda, como un ascua sepultada entre cenizas que de pronto se aviva, tal vez porque nunca se había detenido a notarla. Había venido al mundo como a una guarida de lobos: recién nacido, su malhadada madre, de la que nunca había sabido nada (ni había hecho tampoco nada por enterarse), lo había dejado expósito en el torno de una inclusa de Embajadores, un

caserón lóbrego, reblandecido de humedades, donde lo alimentaron con leche de burra; y con seis años lo habían llevado al hospicio de la calle de Fuencarral. Allí había coincidido con galopines que ya habían sido condenados por uno o varios delitos (casi siempre hurtos y timos de poca monta, aunque no faltasen los delitos de sangre) y que, debido a su corta edad, no podían ser todavía entrullados. Ellos fueron sus maestros en la cucaña de la vida; y con ellos se asoció cuando por fin abandonó el hospicio, a los catorce años, en una compañía dedicada a la limpieza de cepillos en las iglesias y de carteras en los tranvías de la Castellana. Luego estalló la guerra, que no dejó cepillo ni cartera sin saquear; y fue entonces cuando Antonio, apenas quinceañero pero bigardo ya y con la barba apuntándole en el bozo, dio el paso sin retorno, incorporándose como aprendiz en la brigada del amanecer que sus amigos hospicianos, más talludos que él, habían formado, después de afiliarse al partido socialista. No los impulsaba ningún ímpetu ideológico, ni siquiera el rencor atávico y desmelenado que llenó de hormigas tantas bocas inocentes, sino más bien la codicia de pescar, en aquel río revuelto de sangre, los ahorros de alguna familia angustiada escondidos en el fondo de un arcón, la cubertería de plata o los zarcillos de oro que una madre entregaba con gusto, suplicando que no se llevasen a la checa a su hijo, como antes habían hecho con su marido. Que Antonio supiese, nunca sus amigos hospicianos se habían llevado a nadie a la checa, ni participado en los paseos por desmontes y solares donde la carne yerta se ponía morena de luna; pero tampoco movieron un dedo por impedir que otros lo hicieran. Al acabar la guerra, alguno había dado con sus huesos en el paredón, en las purgas de primera hora; y otros penaban sus culpas en el presidio. Antonio, que sólo había participado en una pequeña porción de aquellas correrías, y siempre en labores subalternas, se había librado de la limpia; pero sus ojos habían visto el horror de las sacas, y sus manos rebañado

alguna miaja en los expolios, y su corazón se había mantenido impasible, bombeando sangre sin sobresalto. Si ahora dejaba que esa ascua sepultada entre cenizas se avivase, sabía que los remordimientos acabarían devorándolo. Así que había que mantenerla sepultada como fuera.

—¿Trato hecho? —insistió.

—Deja que me lo piense un poco, hombre —dijo Carmen, y añadió, con un desapego que no llegaba a pesadumbre y que Antonio no se atrevió a considerar coquetaría—: Además, quién te dice a ti que yo sirva para calentar a esos ricachos...

—A mí es que nunca me falla el olfato.

Antonio no supo si había sonado a piropro o a injuria. Y Carmen no parecía ni ofendida ni halagada; inopinadamente, reparó en la medalla que colgaba del cuello de Antonio y alargó el brazo para que se la mostrase.

—¡Anda, pero si es la Virgen del Carmen! —exclamó; y entonces sí parecía halagada por el tributo a su patrona.

—Para que veas —dijo Antonio, que aunque carecía de escrúpulos de conciencia, o así lo pretendía, no se sentía del todo cómodo dando vela a la Virgen en el asunto que se traían entre manos—. Me la regalaron en el hospicio, cuando me dieron la primera comunión. Lleva grabado mi nombre por detrás.

Lo llevaba, en efecto, con letras de caligrafía tosca —«Antonio Expósito»—, y debajo una fecha conmemorativa: «23-V-1929». Por un segundo, Carmen dibujó con los labios un breve gesto de conmiseración, como haciéndose cargo de su orfandad, sin querer profundizar en sus vicisitudes. La medalla era de un latón mugroso, acribillado de abolladuras; y bajo la roña la Virgen apenas resultaba discernible. Desde que saliese del hospicio, y hasta que concluyó la guerra, Antonio había mantenido aquella medalla a buen recaudo; pero se la había vuelto a colgar, un poco supersticiosamente, el mismo día que las tropas de Franco entraron en Madrid, para que le sirviera de salvoconducto.